
BOLETÍN DECENAL

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET 1979



SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

NUESTRA FUERZA ESTÁTICA SE ESTÁ TRANSFORMANDO EN INVEN- CIBLE FUERZA DINÁMICA . . .	1
CADA NUEVA ETAPA EXTERIOR DEL CONFLICTO ESPAÑOL ES UNA AGRAVACIÓN A SALTOS DE LA ANTERIOR	3
NECESIDAD DE AUTOCENSURA . .	5
LO QUE DICE Y LO QUE NO DICE EL AVIADOR AL SERVICIO DE FRANCO QUE ATERRIZÓ EN GANDESA EL DÍA 24.	7
EL EJÉRCITO DEL PUEBLO. . . .	9
GRAVE SITUACIÓN FINANCIERA Y MONETARIA EN LA ZONA FACCIOSA	11
UNA INTERESANTE DISPOSICIÓN DEL MINISTRO DE DEFENSA NA- CIONAL.	13
LA DESCOMPOSICIÓN DE LA RETA- GUARDIA FACCIOSA	13
POLÍTICA INTERNACIONAL. . . .	15

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

La situación militar

Nuestra fuerza estática se está transformando en invencible fuerza dinámica

Días pasados, el general Archimbaud, que pertenece al ejército francés del aire, publicó en «La Dépêche», de Toulouse, un artículo sobre la guerra española. En él, después de resumir sus diversas etapas, desde el pronunciamiento de julio a la batalla de Brihuega, dice que los facciosos atacaron en Vizcaya porque necesitaban una solución de facilitón.

Tiene razón el general Archimbaud. Llevaban Franco y consortes varios meses de continuos fracasos. El episodio de Málaga, muy espectacular, no había alterado sustancialmente la situación estratégica. Y, además, lejos de quebrantar la moral republicana, contribuye a exaltarla. Varela en Corabanchel y la Casa de Campo, Yagüe y Orgaz en Las Rozas y Pozuelo, Orgaz nuevamente en Arganda, Marcini y sus divisiones motorizadas italianas en Brihuega, las columnas mixtas enviadas por Queipo contra Pico Blanco y Almadén, habían encontrado tanta resistencia, no sólo estática, sino dinámica, es decir, seguida de vigorosos contraataques y potentes reacciones aviatorias y artilleras, que no pudieron lograr ninguno de sus objetivos esenciales. Y aun perdieron terreno en algunas de sus tentativas.

El aduce estaba indignadísimo. El nombre de Brihuega sonaba en sus oídos como el de Adúa sonó en los de Francisco Crispi. Los críticos militares de todo el mundo decían, con más o menos claridad, que el ejército italiano seguía siendo, después del fascismo, el ejército de Novara y de Custozza. Se hacía indispensable buscar un éxito, pero un éxito fácil, descontado de antemano. ¿Dónde atacar para conseguirlo? ¿Por Aragón? ¿Por el Centro de nuevo? ¿Por Andalucía? ¿Por la Mancha? Pero en todos estos frentes los republicanos podían maniobrar por líneas interiores. Tras las ventajas iniciales, que se logran siempre cuando se es transitoriamente más fuerte que el adversario en el punto dado, la llegada de socorros impondría el restablecimiento del equilibrio. Sólo en el Norte, compartimiento estanco del dispositivo militar y político del Gobierno legal, por razones geográficas, era posible el triunfo.

El ejército vasco no acababa de salir del período de la milicia política y sindical y carecía de oficiales con preparación técnica. Disponía de pocos cañones y ametralladoras. Y casi no tenía aviación. ¿Y cómo la tendría si no le había sido posible preparar aeródromos, ya que el territorio ocupado por vizcaínos, santanderinos y asturianos componíase de costa y montaña exclusivamente?

Según parece, fué el Estado Mayor alemán, dirigido por Von Faupel, el que trazó las directivas de la ofensiva contra Vizcaya. Ello explica, en cierto modo, las características de la misma: Aplastamiento. Terror. Empleo colosal de medios mecánicos. Asimilación de la población civil a los combatientes. Desprecio absoluto de todas las convenciones ginebrinas. Guerra a la germana, en suma...

Sin embargo, Euzkadi se defendió ochenta días. Atacada por tierra, mar y aire, resistió de monte en monte y de valle en valle, y presenció con estoica impasibilidad la destrucción de sus ciudades,

pueblos y aldeas y el asesinato de sus ancianos, mujeres y niños. Su heroico sacrificio quedará en la Historia. Y será seguido de una magnífica resurrección moral y material. Franco, después de la ocupación de Bilbao, ha publicado decretos declarando abolidos, además del Estatuto, los fueros y privilegios vascos y guipuscoanos, que respetara la monarquía constitucional, y el Concierto Económico, que la dictadura no se atrevió a declarar inoperante, y castigando con penas gravísimas el uso del vascuense. No sabe que los pueblos no mueren y que las ideas pueden más, a la larga, que la fuerza bruta...

¿Qué otras operaciones medita el alto mando faccioso? Es probable que ataque a los asturianos en Oviedo por los alrededores de la Fábrica de Armas. Asturias, siempre abnegada, ha enviado nuevas fuerzas en auxilio de los vascos. Una brigada suya ha obtenido una victoria parcial en las cercanías de Galdames, sorprendiendo a una columna rebelde y haciéndole 200 bajas. La presión en Oviedo dificultaría, desde luego, que las divisiones asturianas siguieran mandando socorros a santanderinos y vascos.

Pero las radios facciosas aluden a otras ofensivas. De creerlas, y de creer igualmente lo que cuentan algunos evadidos, se organizan agresiones en gran escala a nuestros frentes de Extremadura, Andalucía y la Mancha, y también a los aragoneses. No creemos que tenga Franco elementos para tantas empresas bélicas, aunque, según se asegura, ha recibido 10.000 moros más de la zona española de Marruecos y 10.000 italianos desembarcados en Málaga. Dicese, de todos modos, que Castejón ha llegado a Mérida y ha tomado el mando de las brigadas mixtas —españolas e italianas con oficialidad de Mussolini— organizadas en dicha ciudad y que operan contra nuestra zona de Don Benito, Castuera y Medellín, con suerte diversa. Desde hace unos quince días se suceden allí los combates y los avances y los retrocesos alternan y no justifican la sangre que se derrama. La guerra, dejando a un lado lo que fatalmente haya de ocurrir todavía en el Norte, va a entrar en una etapa muy curiosa. La retaguardia tendrá tanta o mayor importancia que la línea de fuego. Y no nos referimos a la política, que cae fuera de la jurisdicción de estos comentarios, sino a la organización de los recursos disponibles.

Nuestra retaguardia comienza ahora a desarrollar sus energías vitales. Nos sobran los hombres. No nos faltan los medios. Cada día que transcurra nuestro ejército será más eficiente. El tiempo trabaja por nosotros...

¿Trabaja por ellos también? He aquí el problema planteado. Porque lo de menos es la recluta que Franco haga en Marruecos y en España. Ortis Echagüe, un franquista que es corresponsal en París de «La Nación», de Buenos Aires, ha dicho: «Sin Alemania e Italia, Franco no podrá sostenerse un mes.» Es verdad, y nadie lo niega fuera de nuestro país. Alemania e Italia han salvado ya varias veces a los facciosos españoles, con su cuenta y razón, de un definitivo desastre. A no ser por ellas, estaría liquidada hace varios meses la trágica aventura a que se arrojaron el 17 de julio. ¿Hasta dónde piensan llegar?

El incidente del «Leipzig» ha ilustrado a la opinión internacional acerca de la mala fe alemana. Un clínico artículo del «Popolo d'Italia», debido a la pluma de Mussolini, la ha edificado asimismo sobre lo que puede esperarse del gobierno de Roma.

La Convención francesa, con la Vendée sublevada, con Lyon insurreccionado, con la Gironda levantada en armas, con media Europa guerreando contra ella, supo vencer a los enemigos interiores y exteriores. Carnot improvisó catorce ejércitos sobre la base de las medias brigadas inmortales. Un pueblo que prefiere la muerte a la servidumbre es invencible. La España republicana está empezando ahora a transformar su fuerza estática en fuerza dinámica. Y asombrará al mundo...



Cada nueva etapa exterior del conflicto español es una agravación a saltos de la anterior

Analizando el desarrollo de la intervención de los estados fascistas en España y sus consecuencias internacionales se descubre una serie de escalones ascendentes de la invasión abierta y legalizada al territorio español o hacia el comienzo de la guerra mundial, si las democracias occidentales no oponen resistencia seria a la sucesión de las provocaciones totalitarias. Cada provocación fascista cambia la situación de la No Intervención, rebasando marcadamente el grado de gravedad anterior de la paz mundial.

La primera etapa de la intervención estaba caracterizada por la categoría de la ayuda que los rebeldes recibían del exterior. Los envíos de armamento y material le guerra de todas clases de los estados rebeldes a Franco y la extensión política de la contienda a Europa no constituían peligros inmediatos de guerra mundial. Entonces pesaban más en las potencias europeas las características políticas de los combatientes y las consideraciones de las serias complicaciones futuras de la indudable guerra internacional comenzada en territorio geográfico español. En el Foreign Office se atendía con especial cuidado el fondo político de nuestra lucha, lo que representaba socialmente cada parte contendiente.

Para la Francia del Frente Popular, del gobierno republicanosocialista, no eran totalmente ajenas estas consideraciones británicas, estos análisis de matiz político. Bélgica, y con ella todos los pequeños estados democráticos nortefios, seguían las huellas de las grandes democracias. Hasta

el movimiento democrático se sentía un tanto asustado del cariz extremista de nuestra contienda, reflejada a través de las informaciones de nuestros enemigos.

Con una marcada indolencia, y bajo la expoliación de los intereses británicos ligados a España, y sobre todo por la magnífica actuación soviética, París y Londres se decidieron a negociar fórmulas que impidieran complicaciones internacionales a causa de las ayudas exteriores a los «dos contendientes».

La intensificación de la ayuda del eje Roma-Berlín a Franco cambió la cantidad en calidad y superó la etapa, agravando internacionalmente la contienda. La ayuda armamentista rebasó su cauce, produciendo la intervención, la invasión. En esta segunda etapa palideció un tanto el carácter social de nuestra lucha; se borraron sus características nacionales y comenzó el proceso de internacionalización de la guerra. El sistema de No Intervención recibió el primer golpe y se vió abocado a resolver otro problema agudo: la retirada de los llamados voluntarios. Una serie de maniobras fascistas, de una parte, y debilidades y errores de otra, tendieron una malla de dificultades en torno a la práctica de la no ingerencia.

La táctica planeada por el bloque fascista europeo siguió su curso y practicó dos nuevos actos de provocación que transformaron los términos del pleito español. Y así entramos en la tercera etapa internacional de la guerra española.

Se han disipado totalmente los «colores»

de nuestra lucha. Sus características ideológicas se han sumido en la más completa abstracción para las potencias liberales. Hoy se encaran con una intervención abierta, pura y simplemente. Ante el Imperio británico y ante la propia Francia se dibujan dos extremos para ellas separables: la guerra española y la correlación de fuerzas en Europa.

Los sucesos del *Deutschland* y del *Leipzig*, provocados por Alemania, hacen peligrar el equilibrio europeo. Ya no importa más que en un segundo término quiénes y por qué luchan en España; importan los intereses de cada grupo, de cada estado en el Viejo Continente. Toda acción de Alemania e Italia que implique un peligro para estos intereses tendrá una respuesta enérgica del Foreign Office o del Quai d'Orsay. Pero la abstracción de las características de la lucha española se produce simultáneamente a la íntima internacionalización de la guerra en nuestro suelo. Cada nueva etapa precisa más el desbordamiento del marco geográfico nacional.

Sobre esta base real la Gran Bretaña fundamenta su política exterior. En primer lugar, se ha apresurado a llamar la atención de Alemania e Italia del peligro de guerra mundial que se corre si insisten en mantener la flota en el Mediterráneo para obrar por su cuenta propia. En segundo lugar y plano, se gestiona una nueva fórmula para salvar al sistema de No Intervención y de Control de la quiebra. Las cuestiones fundamentales que se propone dilucidar Inglaterra en el salvamento del Control son las siguientes:

1.ª Hasta qué punto es posible continuar el Control, dadas las actuales circunstancias. 2.ª Posibilidades de reanudar el contacto con Berlín y Roma, y saber qué

quieren hacer los gobiernos de estas dos potencias; y 3.ª Qué harán las otras potencias si se llega a la conclusión de que es imposible la continuación del Control.

La suerte que correrá el Comité de Control se presenta un tanto problemática. Puede encontrarse una nueva fórmula que salve las dificultades presentes. La imaginación de la diplomacia francobritánica no se ha agotado y aun puede dar algunos «frutos». Posiblemente se intentará la conformidad de Berlín y Roma en el establecimiento de un Control anglofrancés con determinadas limitaciones.

La segunda cuestión está en vías de lograrse y no ha sido nunca una dificultad. Lo que cae fuera de toda previsión y que pertenece al futuro —un futuro muy próximo— es la tercera cuestión.

Sea lo que fuere, lo evidente y permanente es la continuación de la intervención, con su séquito de provocaciones.

El porvenir inmediato de la guerra española y del peligro que corre la paz mundial está unido al nuevo «golpe» de Hitler o Mussolini. Llegado ese momento las democracias europeas se verán arrastradas a una guerra o a actuar con energía decisiva en favor de España, para apagar la mecha que amenaza incendiar Europa. Un nuevo *bluff* hitleromussoliniano es la superación instantánea de la gravedad actual. Las fórmulas serán inoperantes, porque no habrá lugar a su aplicación.

La mirada se vuelve a las masas populares del mundo. La esperanza se cifra en la unidad de las Internacionales Obreras. Ya se ha comenzado a marchar; si la marcha se acelera, el fascismo será derrotado y España ganará la batalla decisiva a los agresores.

Necesidad de autocensura

Profilaxis de retaguardia

Reconozcámoste. Los periódicos diarios están llenos de vivos sentimientos antifascistas. Las redacciones de los periódicos diarios —de todos los periódicos diarios, sea cual fuere su matiz político o su orientación sindical—, se afanan por mantener en el país, bien despierta, la emoción de la guerra. Articulistas y reporters ponen a contribución lo mejor de su voluntad y de su conciencia profesional para que la Prensa de la España leal responda en estas horas, preñadas de anhelos y de responsabilidades, a su cometido histórico. Nada más justo que reconocerlo así. Incluso aquellos periódicos que anteponen todavía a los once meses de lucha los intereses de clase o de partido al supremo interés de la estrecha unión necesaria para que la contienda termine victoriosamente cuanto antes; hoy mejor que mañana, creen cumplir una labor antifascista y patriótica; sienten muy hondos los imperativos revolucionarios y temen, parecen temer, que, aplicados todos los esfuerzos, todas las voluntades, todas las iniciativas, a la lucha sin tregua contra el enemigo común, se releguen a un segundo término los grandes problemas de la radical transformación de la sociedad española, que son —no hay que olvidarlo ni por nadie se olvida—, la razón suprema de la guerra civil.

Sería injurioso acusar a nadie de tibieza en sus convicciones y ofensivo suponer siquiera que pueda existir a la hora de ahora un solo periódico o un solo periodista, profesional o circunstancial, lo bastante miope para no advertir que si se perdiera la guerra se habría perdido todo, y para que ante sus ojos aparezca con mayor tenebroso relieve un problema de reconstitución interior, para el que siempre se está a tiempo, que el

fantasma de la guadaña fascista, pronta para segar cabezas de punta a punta en nuestra España, si se le ofrece coyuntura.

Acontece, sin embargo, que la Prensa, en la que se ha operado ya la transformación radical que conviene a la guerra y a la revolución, por cuanto ya no existe ni un sólo periódico de Empresa y todos cuantos se publican lo hacen como portavoces autorizados de partidos políticos del Frente Popular y de centrales sindicales, con el control de aquellos a quienes representan, no se ha impuesto todavía —hablamos en términos generales sin que en nuestra intención sedimente el propósito de singularizar—, de la imperiosa necesidad de autocensurarse por manera tan exigente que ni en sus editoriales, ni en sus comentarios, ni en sus sueltos, ni en sus informaciones, ni siquiera en sus páginas de anuncios el enemigo pueda encontrar jamás datos que favoreciendo sus intenciones vengán en perjuicio de las nuestras. Se concede una importancia relativa, o no se concede importancia, a secciones conscientes en todos los periódicos y en ellas se deslizan por explicable inadvertencia, noticias que recogen, comentan y más o menos desfiguradas difunden los rebeides por su zona, apostilladas con ciertos comentarios conducentes a sostener la vacilante moral de su retaguardia y el espíritu guerrero, a las veces tembloroso también, de sus mercenarios y aliados.

De estas inadvertencias de los periódicos, en las que los periodistas no creen o que consideran puerilidades, se nutren —y ello es notorio—, casi todas las ineptias de las radios fúcciosas y casi todos los discursos y literaturas de sus propagandistas. En la Sección de Información del Estado Mayor

del Ministerio de Defensa Nacional hay constancia de ello. No se dice por decir. Es una realidad tangible.

La sublevación, preparada minuciosamente durante largos meses por los que tenían en sus manos la fuerza y los resortes del Poder, dejó aquí, entre nosotros, una red de espionaje que aún no está desarraigada en su totalidad. En las calles se multiplican los carteles previniendo a todos contra esa peste de la retaguardia. En los periódicos están casi a diario informaciones detalladas sobre actuaciones de la policía en persecución de la que se viene llamando «quinta columna» de los facciosos. Y toda precaución es poca. Contra esos peligros ciertos e inminentes cuya existencia conocen todos los periodistas, pero que ni ellos ni la mayor parte de los ciudadanos pueden saber si les rondan de cerca o de lejos —misión la de señalarlos y descubrirlos, específica de órganos determinados del Estado y principalmente de servicios especiales del Ejército—, en la guerra civil se hace preciso el ejercicio de la Censura, de una Censura que no es del tipo odioso de la que en beneficio de hombres, partidos o negocios se implantaba durante la monarquía y cuando la dictadura, sino precancida que a nadie puede ofender y que no hiere, porque no puede herir la conciencia

ni la capacidad profesional de los periodistas, aunque éstos crean, por un concepto riguroso de sus derechos y albedríos, siempre respetables, que les mortifica y les veja.

Algún día, terminada la guerra con nuestra victoria, el anecdotario de sus efemérides demostrará como son de injustas siempre o casi siempre, las invectivas de los periódicos contra la intervención previa de sus originales.

Si «del enemigo el consejo», como dice un adagio popular, en los periódicos facciosos y a través de sus informaciones sobre nuestra zona leal, encontraremos hartas advertencias.

Incurriríamos en el defecto que estamos señalando si para razonar sobre esta excitación al sigilo y a la autocensura, cuanto más escrupulosa, mejor, aportásemos los datos concretos en que se fundamenta. ¡Al buen entendedor, salud!...

Lo que importa, e importa mucho, es atemperarse a las exigencias de la hora. Y la hora es para que hablen las armas, abiertos los ojos para apercebirse de los movimientos del enemigo, aguzado el oído para que se perciban sus rastreos, en tensión el brazo para descargar sobre su cabeza el certero golpe de muerte...

¡Ver, oír y callar!...

A propósito de las peticiones de ejemplares del BOLETIN DECENAL

El BOLETIN DECENAL ha merecido muy favorable acogida en los organismos de toda índole, especialmente por lo que se refiere a las unidades del Ejército, la Marina y la Aviación.

Las solicitudes de ejemplares que se nos dirigen exceden con mucho a la tirada a que da margen la Orden Circular de 3 del corriente, por la que se autorizó la publicación.

Rogamos, por consiguiente, a cuantos se dirigen a la Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra en petición de que sea aumentada la cantidad de ejemplares que de cada número les remitimos, nos disculpen el que por ahora no nos resulte fácil atenderles en la medida de sus deseos.

Lo que dice y lo que no dice el aviador al servicio de Franco que aterrizó en Gandesa el día 24

El 24 del corriente apareció un aparato faccioso sobre Gandesa (Tarragona), que volaba rumbo a Tortosa. Dado el aviso a uno de nuestros aeródromos cercanos, salieron inmediatamente dos aparatos de caza. Uno se dirigió hacia Gandesa. Hacia Tortosa el otro. Localizaron al aparato enemigo y le obligaron a tomar tierra. Se trataba de un Heinkel, matrícula 2-9, al servicio de la aviación rebelde, e iba pilotado por Cándido Fernández Pérez.

¿Es un fascista Cándido Fernández Pérez? Tiene 24 años y el movimiento insurreccional le sorprendió en Las Palmas, adonde trabajaba como empleado en una casa comercial, la entidad Ojeda, dedicada a la industria de conservas. Manifiesta no haber estado nunca afiliado a partido político alguno. Como casi todos los prisioneros españoles del Ejército republicano, asegura, sin embargo, que siempre simpatizó con las gentes de izquierda. Movilizada la quinta de 1933 por los generales insurrectos, hubo de incorporarse a filas. Pasó a prestar servicios en el regimiento de telégrafos, de guarnición en Las Palmas, y a primeros de marzo embarcó con dirección a la Península. Arribaron a Cádiz el 10 de dicho mes, y

Fernández Pérez no siguió la misma suerte que los demás soldados con él llegados de Canarias. Trasladado a Sevilla, ingresó como alumno en una escuela de aviación existente cerca del aeródromo de Tablada. Fernández Pérez tiene un hermano aviador, llamado Gerardo, capitán, procedente del arma de Infantería y elemento activo de Falange Española.

—Fué —dice el aviador faccioso— mi hermano el que me arregló el ingreso en la escuela. Durante los dos meses de aprendizaje, destrocé tres aparatos. A otro le hubieran castigado, fusilado quizás. A mí nada me ocurrió merced a la influencia de mi hermano.

A lo largo de la conversación que con él sostenemos, Fernández Pérez exterioriza de continuo una preocupación: se esfuerza por demostrar que no es un prisionero.

—Salí de Sevilla —dice nerviosamente— con el propósito de aterrizar en territorio leal al Gobierno. Volé sobre Tortosa buscando sitio donde aterrizar. El aparato que pilotaba tiene dos horas y tres cuartos de vuelo y solamente llevaba en el aire dos horas. En los tres cuartos que me quedaban pude haber ido a Zaragoza, pues tenía gasolina de sobra en el depósito. Ningún desperfecto,

por otra parte, había sufrido el aparato.

—¿No se desorientó usted y dos aparatos de caza leales le obligaron a tomar tierra en Gandesa?

—No me desorienté. Sabía perfectamente donde estaba. Y ningún aparato de la aviación leal me salió al encuentro.

Lo dice con acento de sinceridad. Luego pide que le pongan a prueba. Quiere que le entreguen un aparato de bombardeo para ir a arrojar metralla sobre sus compañeros de armas de ayer.

—Ya sé —agrega— que en un caza no me van a dejar volar. Pero que me dejen pilotar un avión de bombardeo. Yo voy sin pistola y con gentes que me vigilen. Yo soy de izquierdas...

—¿Hay muchos aviadores extranjeros al servicio de los facciosos?

—Hay alemanes y, en número más crecido, italianos. Pero en los aeródromos los españoles no tenemos contacto con ellos. Los mandos no nos son comunes tampoco.

Dice no haber efectuado ningún vuelo de bombardeo sobre nuestra zona ni entablado combate alguno con la aviación leal. Los pilotos recién salidos de la escuela, alféreces provisionales, prestan, según él, servicios subalternos en la aviación facciosa. Se dedican preferentemente al traslado de aparatos. El había salido el día 24 de Sevilla, en unión de otros dos pilotos de su misma categoría y situación militar, con la mi-

sión de conducir hasta Zaragoza los tres aviones Heinkel que se les confiaron. Salieron en tren de la capital aragonesa el día 18. El viaje duró tres días. Uno de sus compañeros fué nombrado jefe de escuadrilla. Pero como ninguno de los tres tenían gran experiencia de vuelo, no pudieron conservar mucho rato la formación en el aire y acabaron separándose.

—Este detalle —le decimos— indica que usted se desorientó y aterrizó por ello en territorio leal al Gobierno.

Se desconcierta. Habla atropelladamente y los ojos llénansele de lágrimas. Es un pobre muchacho sin moral. Un señorito, hermano de otro señorito que le obligó a abrazar una causa absurda y criminal. ¿Se trata de un fascista militante? Acaso sí. Tal vez es simplemente un ser acomodaticio y dispuesto a obedecer siempre a quien mande, sea quien sea y actúe en nombre de esta o aquella idea.

No aporta ningún detalle interesante. Le preguntamos si tiene noticia de la muerte de Unamuno y apenas si sabe de quién se trata. Ignora igualmente a García Lorca. Dice que en Las Palmas, al iniciarse el movimiento, los rebeldes fusilaron a bastante gente. No pronuncia un solo nombre. No conocía a nadie de los asesinados. Tampoco sabe nada de detenciones de personalidades de izquierda. Sólo tiene una obsesión: demostrar que ha llegado hasta nosotros por propia voluntad.

EL EJERCITO DEL PUEBLO

Su formación y composición

Fácilmente se alcanza que por la complejidad e importancia del tema sería preciso llenar muchísimas cuartillas para exponerlo y desarrollarlo con la debida y requerida claridad y extensión.

Vamos, pues, ante la premura del tiempo y del espacio a hacer un verdadero y escueto bosquejo, un simple guión de lo que en nuestro sentir debe ser el Ejército popular; y para ello, y con el fin de seguir un método y orden indispensables, dividiremos este ligero trabajo en varias partes, cada una de las cuales corresponda a las distintas facetas que en el tema pueden considerarse.

A) La masa

Todas las guerras últimamente habidas y la cruenta lucha fratricida que estamos sufriendo, habrán convencido hasta a los más ilusos de que las guerras solamente pueden sostenerse con soldados, es decir, con ciudadanos aptamente preparados, conducidos por mandos adecuadamente eficaces.

La experiencia está demostrando hasta la saciedad que la utilidad de las milicias, aún dotadas hasta el sumum de un alto espíritu ideológico y moral, es nula cuando se tienen que enfrentar con un enemigo organizado, disciplinado y entrenado en su cometido castrense, en una palabra, con un Ejército.

Tan evidente es ello, que las duras lecciones que sobre nuestras espaldas venimos sufriendo han hecho ver, hasta a los más furibundos enemigos de las organizaciones militares, que sin éstas no hay triunfo posible ni otra esperanza más que la de ser víctimas de las huestes fascistas y la de hundirnos en una envilecedora dependencia de naciones extrañas.

Si la pasión antimilitarista, mal entendida, no hubiese cegado la reflexión y el juicio, y hubiesen servido para algo las enseñanzas del último conflicto internacional y de las diversas insurrecciones sociales, ha ya bastantes meses (desde el principio de la subversión fascista) que se hubiera adoptado la resolución ahora en vías de implantarse, la militarización de la lucha por nuestra parte; y con ello, ha meses también que esta trágica y funesta contienda que aniquila a nuestra querida España hubiese felizmente acabado.

Las lecciones de las últimas guerras y la presente nuestra, unidas a la complejidad de los modernos armamentos, han impuesto como principio axiomático lo que se ha llamado «la Nación en Armas». Principio que entraña la capacitación y movilización de todos los ciudadanos para las necesidades bélicas que pueden pesar sobre la Nación.

La descarnada realidad viene demostrando que no basta consignar en el Código fundamental de un país el sano principio de la repulsa a la guerra como medio de dirimir las contiendas nacionales o internacionales, porque la subordinación ciega a tan bello y sublime lema, es seguro que arrojará a ese país en la esclavitud bajo otros de aspiraciones y sentimientos menos puros y humanitarios, y si por el contrario más dominadores y utilitarios.

Por esto, las necesidades y realidades vitales obligan aún a aquellos pueblos más opuestos a las luchas guerreras y a las instituciones militares, cual ocurre a la democracia social rusa, a organizarse, capacitarse y prepararse militarmente, como único medio de conservarse independiente entre las ambiciones extrañas.

Esto fué, es y será mientras el aforismo romano «homo hominis lupus», sea una verdad evidente e incontrovertible.

Aplicándonos esos ejemplos, y sacando de las sangrientas lecciones que la lucha fratricida nos está ofreciendo la aleccionadora enseñanza, debemos y tenemos torzosamente, atisban'o el trágico y próximo porvenir que el mundo nos ofrece, que preparar el pueblo *todo*, para su propia defensa, en espera de enemigas acometidas que le obliguen a tener que defender su propia independencia, libre de toda mira y ambición imperialista.

En consecuencia con ello, el servicio militar debe ser general, pleno y absoluto, para todos los ciudadanos, sin más excepciones que las que se deriven de la inutilidad física total. Nad'e debe eximirse de esa obligación sagrada, porque en el caso de guerra todos vienen llamados a defender la Patria y con ella su libertad y bienestar. Al mismo tiempo precisa que todos los reclutas disponibles acudan y pasen por las aulas del cuartel, para capacitarse y especializarse militarmente. Nada de cupos de instrucción que nunca son lla-

mados a instruirse, y por ello cuando son precisos, como ahora ocurre, están completamente incapaces.

Ahora bien, para armonizar estas medidas con las posibilidades económicas de la Nación, y hacerlas factibles de implantación, se puede y debe crear la instrucción premilitar obligatoria, que puede encomendarse a los maestros de Escuelas, o bien al personal retirado, que así rendiría alguna utilidad al pueblo.

De este modo, y una vez que el recluta acudiese a filas con los conocimientos militares básicos, que podrían ser los propios de las unidades elementales, bastaría con que permaneciesen en filas seis meses, con lo cual y en dos turnos sucesivos podrían hacerse pasar por los cuarteles el total de los reemplazos.

Con esto, dedicando los soldados única y exclusivamente a su instrucción, sin distraerles en otras misiones ajenas y espectaculares, y haciéndole asistir a unas grandes maniobras, sería suficiente para capacitarlos a todos bajo el aspecto militar, como se demostró plenamente en la guerra europea y se está comprobando en la nuestra actual.

Acorde con estas normas deben establecerse los acuartelamientos, vestuarios, horarios de la vida cuartelera, etc., etc., supeditándolo todo a convertir única y exclusivamente el hombre en soldado, sin que por ello se quiera hacerle perder los deberes, derechos y anhelos políticos y sociales de los demás ciudadanos, ni menos apartarlos social y espiritualmente de ellos.

El Ejército es y debe ser el alma y sostén del pueblo y no un enemigo de él.

B) Los mandos en todas sus categorías

En un Ejército popular no puede haber otra fuente productora de sus mandos más que el pueblo mismo, y por ello en éste debe residir la cantera única de donde aquellos se extraigan.

El mando del ejército futuro ha de ser técnica, profesional, cultural, social, espiritual e ideológicamente algo muy diferente de lo que era en el ejército antiguo, creado, estructurado y formado profesional y políticamente, no para defender la Nación, sino para reprimir y oprimir unos estamentos sociales en favor de otros.

Los mandos, desde el más modesto al más elevado, han de responder siempre teórica y prácticamente a los deberes profesionales que su jerarquía les imponga.

Para ello su instrucción y preparación ha de ser continua e incesante, imponiéndoles obligatoria e inexcusablemente la asistencia a cursos de aplicación y capacitación en todos los empleos; cursos que deben servir al mismo tiempo para ir haciendo la selección que permita abrir paso a las categorías superiores, y utilizar adecuadamente en provecho

del interés general, a aquellos que mejores disposiciones y aptitudes posean.

Las escuelas y academias deben organizarse y funcionar con esas miras exclusivas, desterrando por completo de ellas aquellos métodos didácticos irracionales y tiránicos de las antiguas aulas profesionales, que si no servían para preparar eficazmente a ninguna clase, sí en cambio servían para hacer de los jóvenes alumnos y de casi todos los profesionales en general, unos malos ciudadanos, llenos y corroidos por los vicios, por un espíritu de casta y por un vano orgullo que los empujaba irrefrenablemente a estar divorciados del resto de la sociedad, y los colocaba siempre al lado de los detentadores del poder, de la riqueza y de los puestos sociales.

Tan cierta y evidente fué esa perniciosa educación que se les inculcó, que dolorosa y trágicamente estamos sufriendo en nuestras carnes los efectos de ella, y esta pobre España, a quien tanto alardeaban de querer, está siendo aniquilada ante sus acometidas insensatas.

El mando ha de tener siempre en cuenta que el origen principal de su autoridad radica en su comportamiento social, moral y profesional y en el ejemplo sempiterno que a sus inferiores ofrezca. En el respeto, consideración y cariño que de esas cualidades se deriva se fundamenta la verdadera disciplina y subordinación que hace someterse consciente y gustosamente al inferior a las órdenes y dictados lógicos y adecuados del superior, que no pueden ser jamás confundidos con los caprichos despóticos y personales tan en boga y generalizados en tiempos pasados.

Los deberes, derechos y la responsabilidad deben ser generales y propios de todos y para todos; cada uno en su empleo.

Los mandos en un Ejército popular no pueden diferenciarse en sus diversas categorías entre sí y del soldado, nada más que por sus aptitudes, disposiciones e insignias propias y caracterizadoras del empleo; pero no debe haber otras diferencias externas en uniformes, etc., que crean antagonismos, banalidades y afanes clasistas.

Por otra parte no debe ni puede haber más categorías que aquellas que tengan una función específica y terminantemente asignada en el mando de alguna unidad táctica. Urge acabar con todas aquellas jerarquías que no han tenido ni tienen más razón de ser que la de satisfacer egotismos y ambiciones personales o la de encubrir manejos políticos o de otra especie, con perjuicio gravísimo para el erario público, para el servicio y para la satisfacción interna de las instituciones.

Con todo esto conseguiremos hacer de los mandos del Ejército popular, unos ciudadanos más, que cumplen, dentro de los cuarteles y campamentos,

mentos, que es su campo, una misión fundamental y esencial para la sociedad y el pueblo; y al mismo tiempo habremos acabado con el tipo de oficial engendrado y encarnado en el señorito vago, ambicioso, pendenciero y retardatario.

C) El Comisariado

El Comisariado político cumple una misión altísima cerca de las tropas, siendo un poderoso auxiliar del mando profesional, que ni puede ni debe ocuparse de otras cuestiones que de las técnicas.

La importantísima labor a desarrollar por los Comisarios requiere una esmerada preparación y una conjunción de excelentes y extraordinarias condiciones y aptitudes. Ellos son los ojos del pueblo cerca de los mandos, para vigilar las actuaciones políticas de éstos y evitar amargas y desagradables desafecciones; y al mismo tiempo a ellos corresponde e incumbe la educación política

de las fuerzas, para mantener latente en ellas el ideal, la moral y el amor a sus propias instituciones.

También deben los Comisarios ser el más firme valladar puesto a los excesos caprichosos del mando, y a las posibles anormalidades disciplinarias, administrativas y de todos órdenes y sentidos.

La existencia de estos Comisarios es de absoluta necesidad, por lo menos en el trasunto al ejército que se propugna y hasta tanto que el Ejército popular cuente con los mandos nacidos de sus propias entrañas, impregnados de la espiritualidad que se persigue.

Ahora bien, para que estos funcionarios llenen acertada y eficazmente su misión deben ser clara y explícitamente reglamentados y su funcionamiento requiere ineludiblemente cierta autonomía.

E. DIAZ-TENDERO

Mayor de Infantería

Grave situación financiera y monetaria en la zona facciosa

Los directores de la sublevación militar encuéntrase en muy grave situación financiera y monetaria, pese a la gran ayuda que desde el primer instante les prestó la banca nacional operante en el territorio dominado por ellos.

Las operaciones bancarias han quedado reducidas a la mínima expresión en la España de Franco. No existe cartera de valores. La de efectos —de manera muy especial por lo que respecta al papel financiero— tropieza con obstáculos de realización y aun de renovación, por la ausencia de firmas. La relación entre la banca y el comercio apenas existe, pues las ventas, en su mayor parte, se verifican al contado, lo que origina una gran baja en el papel comercial.

Como es sabido, el papel moneda legítimo que circulaba por la zona rebelde fué sometido a una operación de estampillado. Hubo una falsificación de importancia y las

«autoridades» de Burgos decidieron a emitir nuevo papel moneda. Esta emisión no tiene, claro es, garantía de encaje ni limitación de ninguna especie, por lo que fué acogida con unánime desconfianza. El atesoramiento de la plata es cada vez mayor. Los soldados moros, y muy especialmente los italianos y los alemanes, son los que con más afán se entregan a él. Suelen dar billetes de veinticinco pesetas a cambio de monedas en plata por valor de diez, y los de cincuenta los cotizan en plata a treinta y cinco. Para desprenderse del papel moneda del «Estado nacionalista» los oficiales y soldados de las unidades extranjeras invasoras adquieren alhajas y objetos de fácil cotización en el exterior, inundando en cambio el mercado de billetes del «gobierno» de Burgos, con los que les son satisfechas sus pagas.

Una interesante disposición del ministro de Defensa Nacional

ORDEN CIRCULAR

Afanes de proselitismo político vienen invadiendo zonas militares. Para el Ministro que suscribe es muy dudosa la pertinencia de tan veheméntísima porfía en los momentos actuales, aún dentro de la esfera donde habitualmente se desarrolla la propaganda política, pues juzga prematura la busca de predominios, que sólo podrían revestir solidez cuando, asegurada por el triunfo de libertad de todos, el pueblo esté en condiciones de hacer efectiva de modo omnimodo su libertad. Pero, desde luego, no cree permisible que se actúe entre las fuerzas armadas para engrosar con miembros de éstas el número de afiliados de uno u otro partido o de una u otra organización sindical. Con que los combatientes sean antifascistas, basta. El antifascismo debe ser el lazo de unión; por el contrario, las pugnas partidistas con finalidad de sumar adeptos, arrebatándose los mutuamente, sólo servirán para quebrantar los vínculos de una solidaridad que en el Ejército del pueblo es indispensable, y además, es sagrada.

Los inconvenientes de semejante proceder, aparecen notorios y su nocividad aumenta cuando la labor de captación se realiza desde los puestos de mando. Cualquier indicación hecha en ese sentido a un inferior, constituye una coacción repulsiva, e idéntico carácter adquiere si proviene de los Comisarios políticos, cuya misión principal es concordar las voluntades de los soldados, en vez de disociarlas.

Por lo expuesto, he resuelto:

Primero. Queda rigurosamente prohibido a los individuos de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, hacer propaganda encaminada a obtener de soldados, clases, oficiales o jefes su ingreso en determinados partidos políticos u organizaciones obreras, debiendo respetarse con los máximos escrúpulos la libertad de pensamiento de los combatientes, en quienes basta, como título de lealtad, estar adscritos a cualquiera de los núcleos políticos o sindicales de significación antifascista.

Segundo. Las propuestas o meras indicaciones de un superior a un inferior para obtener de éste el cambio de su filiación política o sindical, serán consideradas como constitutivas de un delito de coacción y determinarán la degradación de quien incurriese en tal delito, sin perjuicio de la responsabilidad penal que le correspondiese.

Tercero. Los Comisarios políticos que infringieran lo dispuesto en esta Orden, serán desposeídos de su empleo.

Cuarto. Se encarece a los Subsecretarios del Ejército de Tierra, Marina, Aviación y Armamento, a los respectivos Comisarios generales, a los jefes de Ejército, Cuerpos de Ejército y Unidades de Tierra, jefe de la Flota, jefe de las Fuerzas Aéreas y jefes de las Bases Navales, la más exquisita vigilancia para el cumplimiento de lo que esta Orden dispone.—Valencia, 27 de junio de 1937.—INDALECIO PRIETO.

La descomposición de la retaguardia facciosa

Sabido es que las guerras no se ganan exclusivamente en el campo de batalla. Este no es, en definitiva, sino uno de los tableros en que se juega la partida. Otro es el tablero internacional. Otro, la retaguardia.

Sin una retaguardia compacta, unida, que sea propiamente una segunda línea de combate, no hay triunfos militares que tengan consecuencias duraderas. Se ha hablado, con razón, de guerras populares e impopulares. Cuando una guerra es impopular, cuando no es una auténtica reacción defensiva, espontánea, del pueblo, podrá obligarse a éste por algún tiempo a empuñar las armas, coaccionado, en las trincheras, a rumiar en la retaguardia su descontento, su hostilidad impotente. Pero la unidad de esa manera impuesta se desmorona y viene abajo bien pronto, falta de cohesión íntima. Lo que empieza como malestar puede convertirse, y de hecho se convierte, en un temible factor de derrota. Una vez que la retaguardia retira su asistencia, su adhesión moral a los que hasta ese instante han contado precisamente con su obediencia como base para sus planes belicosos, la suerte está echada. La jugada está irremisiblemente perdida en ese tablero. Que se acabe de perder en los otros es sólo cuestión de tiempo.

Que esa es justamente la situación actual de la retaguardia facciosa se desprende con abrumadora evidencia de múltiples testimonios. Las declaraciones de los evadidos del campo rebelde coinciden en presentarnos una retaguardia en la que crece por momentos la desconfianza respecto de la prometida victoria final. El derrotismo cunde no sólo en la población civil, sino entre los soldados y aun entre la oficialidad. Son muchos los que en las filas facciosas se llaman a engaño ante la serie de reveses que no basta a atenuar la fraseología eufórica de los partes y declaraciones oficiales.

La intervención extranjera, los desplantes de alemanes e italianos en las ciudades de la retaguardia, acaban de enconar el descontento. Por otra parte, falangistas y requetés, sin cesar en sus pugnas, confían tan sólo en que las tropas extranjeras les lleven a la victoria. El miedo a la derrota, el recelo y la inseguridad crecientes provocan en ellos furiosas reacciones de crueldad. El terror, lejos de amenguar, arrecia en la retaguardia. Basta una denuncia para añadir nuevos nombres a las ya copiosas listas de inocentes asesinados, de ciudadanos que pasan a poblar las cárceles. Todo ello hace que el pueblo, en las ciudades enclavadas en la zona facciosa, ponga sus esperanzas de salvación en la llegada de las tropas gubernamentales.

En tanto ese momento llega, la desafección al régimen impuesto y mantenido por la fuerza se manifiesta de mil modos y en todas las clases sociales. Los mismos cuyos privilegios venía a defender y consolidar el movimiento «nacionalista», recatan cada vez menos su disconformidad, su ninguna fe en el triunfo de Franco y sus secuaces: Una aristócrata, la ex baronesa de Güell, nada sospechosa de veleidades revolucionarias, decía, poco hace, a sus amistades, en cierta ciudad francesa: «Nosotros nos conformaríamos con una República moderada. ¡Esta guerra! ¡Esta guerra!...»

Y no son sólo los aristócratas y capitalistas emigrados. La falta de apoyo con que en su misma retaguardia tropiezan los rebeldes aparece de bulto en su prensa. En ésta vemos al gobernador de Huelva quejarse ante los periodistas de que las escasas personas pudientes que contribuyen a la suscripción «abierta para reponer la pérdida del *España* y otras... lo hacen con cantidades ínfimas, en desacuerdo con su capital». Y los falangistas, por su parte, dan a la publicidad virulentas notas contra

los «capitalistas contumaces e incorregibles», que «no sólo niegan toda ayuda» a la obra de la Falange, «sino que la boicotean». A lo que se responde con la amenaza: «¡Hay que sacar a la picota pública ciertas listas de nombres!...»

Tomemos otro testimonio de peso. Un segundo gobernador civil, el de Córdoba, se lamenta, en nota facilitada a la prensa, de que haya caído en el vacío el llamamiento que por medio de un bando hizo el día 3 de mayo, solicitando la cooperación de los que «tranquilamente sestion en la retaguardia», para que contribuyan con su esfuerzo personal a la construcción de pistas, carreteras y caminos. A ese requerimiento respondieron tan sólo (A B C, de Sevilla, 12 de mayo de 1937) «un viajante de comercio, enfermo, un sacerdote, un ingeniero de caminos, un propietario que no reside en la provincia, y catorce obreros». Esto, añade la nota, «en una población como Córdoba, de más de 100.000 habitantes, es vergonzoso». Y el gobernador, ante el fracaso de lo que califica de «procedimiento voluntario», amenaza con apostar a las puertas de Córdoba a los agentes de su autoridad, con orden de no dejar salir de la ciudad a los hombres de veinte a treinta años que no estén expresamente autorizados para ello...

En el campo, el labrador, privado de sus hijos, obligados a partir para los frentes, se ve, por añadidura, despojado de sus cosechas, de sus ganados, forzado a entregar la plata y los billetes de Banco legales.

Hasta los más conservadores se van cansando...

Mientras tanto, menudean las notas y «entrefilets» contra los «emboscados», contra los «insuficientes en sentir la guerra... los que discuten y regatean la unidad en la obediencia bajo la espada del caudillo de España: Franco». Las autoridades militares facciosas reciben apremiantes indicaciones de Falange, en el sentido de que empleen en los servicios de segunda línea y de retaguardia el personal «estrictamente indispensable». Desde las columnas de los periódicos se trata de espolear a la juventud combatiente, al mismo tiempo que de hacer surgir a presión el apoyo moral y material, la asistencia que la retaguardia se muestra cada día más remisa en prestar.

Pero las admoniciones en todos los tonos, las amenazas, el terror mismo, son inútiles. La descomposición de la retaguardia facciosa es un hecho manifiesto, fatalmente acentuado de día en día. No bastarán, ciertamente, a atajarlo momentáneos triunfos, logrados con hombres, armamento, municiones y aviación traídos del extranjero, para luchar por una causa, no ya ajena, sino odiosa a los que se sienten sacrificados, entregados como presa a una dominación extranjera. En la retaguardia, la partida está a todas luces perdida para Franco y sus amos. Que acabe de perderla en los demás tableros no es ya sino cuestión de tiempo, simplemente.



DIEZ DIAS DE...

POLITICA INTERNACIONAL

La Radio Stuttgart negó los rumores de que el crucero alemán «Leipzig» hubiese sido torpedeado. Pero cinco días más tarde Alemania clamó a los cuatro vientos que el hecho era cierto, y pidió medidas gravísimas contra nosotros, demostración naval frente a Valencia, bloqueo en el Mediterráneo, confiscación de nuestra flota submarina.

El Gobierno español rechazó la falsa imputación, prestándose a las pruebas precisas e incontrovertibles.

Francia se hallaba en crisis. Blum había sido derribado. Se esperaban dificultades para formar el nuevo gobierno.

Pero el gobierno del Frente Popular se formó inmediatamente. Y junto con Inglaterra se negó con rotundidad a pasar por las exigencias fascistas.

Entonces Alemania e Italia anunciaron que se retiraban del control, y que tomarían medidas por su cuenta, a pesar de la oposición de las democracias.

Por un momento, la paz del mundo se halló en peligro. Pero, ante la decidida actitud francoinglesa, Alemania retrocedió y los barcos de guerra que iban llenando el Mediterráneo comienzan a pasar, rumbo a las aguas atlánticas, ante las miradas un poco irónicas de Gibraltar.

Francia e Inglaterra han anunciado que efectuarán ellas solas el control naval en España, dividiendo en dos grandes zonas, los mares de nuestra nación.

¿Lo consentirán los países fascistas? Todo hace suponer que sí. Alemania e Italia están aún un poco asombradas de la actitud inglesa, tan tolerante hasta ahora con sus crímenes. Pero las democracias no confían demasiado en estas aparentes nuevas disposiciones, y hacen bien...

★

El Senado francés derribó al gobierno Blum, por presiones de la alta Banca y otros elementos reaccionarios. Pero el Frente Popular mantuvo más firme su unión, y sigue en el Poder. Con Chautemps, radical-socialista, en la cabecera del gobierno, del que forman parte Blum, Delbos, Daladier,

Côt, Boncour y Sarraut. No interviene en él el partido comunista, que, sin embargo, apoyará decididamente su obra.

★

Una campaña de injurias y feroces ataques se ha iniciado en la prensa alemana contra Checoslovaquia. Hitler no perdona a esta admirable democracia su acercamiento a Francia y Rusia. ¿Quiere buscar la causa mínima que justifique una intervención armada?... La prensa checa pone de relieve el peligro de esas campañas, no nuevas en la prensa nazi, para la paz de Europa.

★

Un miembro del Estado Mayor alemán que, por ser judío, vive en el destierro, ha dicho que la invasión de Francia por Alemania, se realizará, esta vez, a través de Holanda. Un ataque rápido por la provincia de Limburg evitaría el tropezar con las defensas de la frontera belga y con la línea Maginot.

★

El nazismo alemán continúa sus ataques a la iglesia católica. Centenares de religiosos y sacerdotes han sido encarcelados bajo la acusación de crímenes nefandos. La situación es tan delicada, que a pesar de los deseos de contemporizar de las autoridades eclesiásticas, se da como segura la inmediata ruptura de relaciones diplomáticas.

★

Con rapidez encomiable se han reunido en Ginebra y París los representantes de la II y III Internacional. Han tratado de España. De la desenfadada intervención italogermana y del crimen de Derecho que se comete con el Gobierno legítimo. Han tomado acuerdos enérgicos, que abarcan a millones de afiliados, muchos de ellos rectores de la política del mundo.

Creemos que pronto comenzarán a advertirse los resultados de este alerta que dan las Internacionales obreras a los gobiernos.

Trenes cargados de municiones, procedentes de Alemania, han atravesado en estas últimas noches la frontera austroitaliana. Son largos convoyes, de treinta a treinta y cinco vagones cada uno, cargados de municiones y obuses destinados a los facciosos. La *Pravda*, de Moscú, asegura que Alemania tiene en territorio español de 25 a 50.000 soldados. El material enviado se calcula, por lo menos, en 150 tanques, 350 aviones y cerca de 550 baterías, entre ellas 150 antiaéreas, y aproximadamente 300 cañones antitanques.

★

Los corresponsales ingleses en Gibraltar han dado la noticia con toda certeza: han desembarcado en Málaga 15.000 italianos más enviados por Mussolini a luchar contra los españoles. El Gobierno inglés, sin embargo, no tiene noticias «oficiales» de esta nueva vulneración del Pacto. Y Mussolini le agradecerá mucho su ignorancia.

Descaradamente Italia habla de los éxitos de sus «legionarios» en tierras españolas. Se atribuye al mismo dictador un artículo periodístico titulado «Guadalajara», en que trata de reivindicar a las tropas italianas, cuya medrosidad ha sido reconocida por el mundo entero. Culpa a Franco de la derrota.

Posteriormente reconocen como suya la ofensiva en Vizcaya, elogiando cálidamente la actuación de la infantería italiana.

★

Mussolini ha ordenado al secretario del partido fascista que los nombres de los italianos caídos en España figuren en el sagrario de los muertos por el fascismo en LA CONQUISTA DEL IMPERIO.

★

En Vicenza soldados destinados a España se sublevaron, fugándose muchos protegidos por la población. En Vercelli una bandera roja apareció en la estatua de Mussolini. Aparecen inscripciones en los muros diciendo: «Dadnos pan y trabajo en vez de derrochar millones para la guerra.» Se ha prohibido la venta de aparatos de radio.

Un regimiento que ha regresado a Nápoles desde el Africa del Este debía, después de tres días de descanso, salir para España. El coronel que lo mandaba protestó de esta orden ante sus superiores diciendo que él

y sus soldados no podían luchar por gentes que ni siquiera conocían. A pesar de todo el regimiento fué a España. Del coronel no se ha vuelto a saber nada.

★

Cada día, con mayor entusiasmo, de todas las naciones, incluso de las más remotas, llegan voces de aliento, auxilios y dinero para los españoles cobardemente agredidos por el fascismo internacional. En Norteamérica principalmente aumenta de hora en hora la simpatía y el apoyo popular. La esposa de Roosevelt ha lanzado un llamamiento pidiendo ayuda para los niños vascos. Y en muchas ciudades de la Unión, millares de manifestantes han protestado ante los consulados fascistas por su intervención en España. Se ha pedido que el Gobierno norteamericano aplique la ley de neutralidad a Alemania e Italia.

★

Más de mil estudiantes ingleses desfilaron por Londres, ante la Embajada alemana, en manifestación de protesta por el criminal bombardeo de Almería. En Hyde Park se organizó una muchedumbre de cinco mil personas que recorrieron la ciudad bajo la consigna de «Basta ya la guerra de Hitler contra los niños de España».

En el Comité de No Intervención, Lord Plymouth ha declarado, en nombre de Inglaterra, que el actual estado de cosas es desalentador. El gobierno británico se muestra decepcionado por el hecho de que continúen entrando en España hombres y material de guerra. Juzga indispensable y urgentísimo que se llegue a la retirada de combatientes extranjeros.

El representante ruso sugirió que esta evacuación sea controlada; que los marroquíes sean incluidos en ella y que los gastos se repartan entre los países, proporcionalmente a los súbditos de cada uno que sean retirados.

★

Por otra parte, Eden ha declarado que en los frentes vascos se ha podido observar la participación de modernísimos aparatos de bombardeo, observación y caza, de fabricación alemana e italiana. También manifestó que la encuesta sobre la destrucción de Guernica, pedida por varios países, no se había realizado por la oposición de Italia, Alemania y Portugal.

A Ñ O I

30 JUNIO 1937

NUM. 3